

LA VIDA SECRETA DE MIQUEL IZARD. MEMORIAS DE LA CLANDESTINIDAD

Manuel Delgado
Universitat de Barcelona

Resumen. Bajo la dictadura franquista, Miquel Izard fue militante de una organización política perseguida, conjurada en secreto para transformar radicalmente la realidad. Tuvo por ello que desarrollar aspectos fundamentales de su formación humana e intelectual escondiéndose de la policía y de quienes, a su alrededor, pudieran delatar el estigma que representaba, en la España de los años 50 y 60, estar implicado en actividades políticas prohibidas. Se presenta aquí la memoria personal de quien fuera un activista clandestino en tiempos de persecución, pero también una meditación sobre el sentido y el valor de los cambios políticos de las últimas décadas en su país y, más allá, de la lucha revolucionaria en general.

Palabras clave: Secreto, Antifranquismo, Clandestinidad, Sociedades secretas, Partido comunista, PSUC

Abstract: Under the Francoist Dictatorship Miquel Izard was politically active in a political organization persecuted, plotted together to change reality radically. Due to this fact he had to develop fundamental aspects of his human and intellectual education hiding from police and of those, around him, who could denounce the stigma that was, in the Spain from the 50s and 60s, being involved in forbidden political activities. Here it's shown the personal memory of the man who was an underground activist in persecution time, but also a meditation about the meaning and value of the political changes of the last decades in his country and, further more the revolutionary fight in general.

Key words: Secret, Anti-franquism, Secrecy, Secret society, Communist party, PSUC

1. Miquel Izard, agente diabólico

Entre las diferentes formas de exclusión que han conocido y conocen las sociedades humanas, una destacada por su especial virulencia, pero sobre todo por la arbitrariedad de los criterios de que se sirve para aplicarse es aquella que

consiste en buscar, localizar, acusar y finalmente castigar a colectividades –reales o imaginarias– consideradas intrínsecamente malvadas, a las que se hace culpable de los males que afectan el bienestar o hasta la existencia misma de la sociedad. Esa teoría de la génesis del mal social, que la antropología de las sociedades exóticas ha asociado a las acusaciones de brujería, se ha concretado en el caso europeo en una larga tradición persecutoria contra ciertas minorías a las que se atribuía o se atribuye aún una actividad conspiratoria para hacer daño. Entre las principales víctimas de ese principio –la “causación diabólica” de la que hablaba Leon Poliakov– encontramos, a lo largo de siglos, herejes, brujas, gitanos, judíos, masones y otros grupos estigmatizados, es decir marcados, manchados” (Izard, 1985: 21)¹. Entre ellos ha podido figurar en algún momento incluso la propia iglesia Católica, ella misma víctima en ciertos momentos de esa misma lógica de persecución y castigo que con tanto entusiasmo se había encargado antes de aplicar contra otros.

Ahora bien, entre las minorías malignas encontramos unas con la que se mantiene una precaución especial y constante: aquélla en la que la extrema peligrosidad de sus miembros contrasta con su casi total invisibilidad. Lo que hace sobremanera inquietante las actividades perversas de este tipo de grupos satanizados es lo difícil que resulta identificar a sus agentes. Esta opacidad se contrarresta con la virtud que algunos proclaman poseer de reconocer automáticamente al miembro de un grupo odiado. Esto implica que el castigo se aplica muy a menudo sin que el acusado haya visto probada su pertenencia a la asociación antisocial, incluso dejando al margen que esta asociación exista realmente o no. Es la convicción que se tiene que el grupo secreto malicioso actúa para alterar, someter o destruir a la sociedad lo que resulta suficiente para desatar la persecución contra él, igual que basta de ser señalado como sospechoso para recibir el repudio o el castigo previstos para los supuestos conspiradores satánicos.

Ni que decir tiene que, a lo largo del siglo XX y hasta hace relativamente poco, los comunistas han sido uno de los blancos preferidos de esa obcecación acosadora, sobre todo en casos como el español durante la dictadura franquista. Los comunistas fueron presentados por el franquismo como:

“los envenenadores del alma popular, primeros y mayores responsables de los crímenes y destrucciones y que sobrecogen al mundo y han sembrado de duelo la mayoría de los hogares honrados de España”².

1. El propio Miquel Izard, a quien enseguida se verá que están dedicadas estas páginas, se refería a estos segmentos sociales tipificándolos dentro de los grupos negados como pertenecientes a la clase de los “tenidos por inferiores, malditos, réprobos o impuros”, a los que se hostigaba de forma brutal y violenta desde los sectores dominantes en cada sociedad, “con demasiada frecuencia con la colaboración de las masas populares, que de esta manera eran distraídas en momentos de crisis”.
2. *Boletín Oficial del Estado*, núm. 79, 7/01/1937 (citado por Claret Miranda, 2003: 53).

Todo el mundo era comunista a la luz –o mejor a la oscuridad– de las obsesiones represivas de la dictadura. No es que los comunistas fueran los enemigos por antonomasia del régimen, sino que cualquier enemigo real o imaginario de los vencedores de la Guerra Civil pasaba a ser clasificado como comunista, filocomunista o tonto útil al servicio del comunismo.

Bajo el franquismo, la actividad de los “rojos” fue perseguida de manera cerril por las autoridades, que animaban a la población a delatar cualquier signo de su presencia. Militar contra Franco y su régimen era idéntico a actuar al servicio de una potencia malévola y casi extrahumana que debía ser urgentemente exorcizada. Tanto se repitió desde el franquismo que todos sus oponentes eran comunistas que todos aquellos que decidieron oponérsele, o al menos una amplia mayoría de ellos, acabaron por hacerlo encuadrándose en organizaciones comunistas, que fueron las que asumieron casi en solitario la lucha contra la dictadura a lo largo de la mayor parte de su historia. Ese fue el caso de Miquel Izard, uno de los muchos que decidieron combatir el franquismo integrándose en una organización secreta comunista, en este caso el Partit Socialista Unificat de Catalunya, el PSUC, el partido antifascista sin duda hegemónico en Catalunya entre 1939 y 1977³.

Miquel Izard militó de manera activa en el partido comunista entre 1956 y 1968, año en que se trasladó a Venezuela para impartir clases en la Universidad de los Andes, en Mérida. Durante todo ese tiempo, una parte fundamental de su vida se desarrolló –esa era la convicción oficial, pero también de una buena parte de la sociedad– al servicio del Mal y, por tanto, asediada por todo tipo de vigilancias que esperaban el momento oportuno de atraparle y darle su merecido. Izard existió, todo ese tiempo, dividido en dos: uno de ellos era un muchacho procedente de una familia católica y de orden, estudiante de filosofía y letras y luego joven profesor de universidad; su otra personalidad era la de un luchador por la libertad y el socialismo o, lo que venía a ser lo mismo, un agente a sueldo de potencias dañinas cuyo fin último era esclavizar a la humanidad.

3. El PSUC es la denominación que en Catalunya recibe el partido comunista. Nace en 1936, a los pocos días de iniciada la Guerra Civil, de la fusión de diversas organizaciones marxistas. En junio de 1939 es reconocido por la Tercera Internacional con un estatuto idéntico al del Partido Comunista de España, su homólogo español. El PSUC se disolvió en 1993 y su herencia se distribuye entre Iniciativa per Catalunya, partido de corte socioecologista, en la línea de Los Verdes alemanes, y dos partidos comunistas –el PSUC-viu y el Partit del Comunistes de Catalunya– que se integran actualmente en Esquerra Unida i Alternativa, el equivalente catalán de Izquierda Unida en España. Durante el franquismo, aniquilados los restos del anarcosindicalismo hegemónico en Catalunya antes de la guerra, la única organización que consigue sobrevivir y actuar en la clandestinidad, gracias sin duda a su fuerte estructuración, es el PSUC. En los años 50 y buena parte de la década siguiente, período en el que se incorpora a la resistencia antifascista en Barcelona y en la que todavía no se ha producido la proliferación de grupos y grupúsculos a la izquierda de los partidos comunistas, Miquel Izard no recuerda haber coincidido con ningún militante anarquista y sólo oye hablar de la actividad de guerrilleros libertarios aislados, como Josep Lluís Facerias, presentado oficialmente como un vulgar malhechor. De hecho, en la oposición antifranquista Izard sólo recuerda haber coincidido con algún activista del Moviment Socialista de Catalunya, además de sus primeros contactos con el FLP. El resto corre a cargo en exclusiva de los comunistas.

A ese último Izard no le quedó más remedio que existir en la clandestinidad, disimulando o escondiendo una parte de de sí mismo considerada inaceptable, aunque haciéndola emerger en ciertas ocasiones particulares en que era preciso demostrar que se existía y se estaba ahí; con miedo a que cualquier imprudencia o indiscreción propias o de otros acabara con la libertad y quién sabe si con la integridad física de uno, pero con la certeza de que merecía la pena arriesgarse en nombre de una expectativa de transformación del propio país y del ser humano en su globalidad. Este artículo versa sobre esa época en que Miquel Izard vivió parte de su vida en secreto⁴.

2. El camino hacia el secreto

El secreto, incluso la mentira, pueden ser recursos indispensables en orden a ofrecer una visión coherente de nosotros mismos, una visión que nunca se corresponderá con una verdad personal por definición inconexa y fragmentaria. Sólo podemos merecer el crédito ajeno en la medida que estemos en condiciones de mostrarnos de manera parcial, ocultando o camuflando en lo posible aquella información sobre nosotros que pudiera resultar inconveniente o incompatible con la imagen que queremos o necesitamos proyectar a propósito de nuestra personalidad o de nuestro status. He aquí el asunto central de un celebrado ensayo que Georg Simmel publicara en 1908 sobre el secreto y su virtud estructuradora en las relaciones humanas, especialmente en sociedades dotadas de un alto nivel de complejidad, en las cuales la delimitación de los diferentes círculos sociales y su organización interna hace indispensable la acción protectora de la ocultación mutua (Simmel, 1988).

En ocasiones, de la dosis de secreto que hace falta administrar –y que hace opaca una cierta parte de nuestra condición– depende ya no sólo la aceptabilidad que podemos merecer de los otros, sino muchas más cosas y mucho más importantes, por ejemplo la libertad o la seguridad personal del poseedor de esa máscara que escamotea una parte de sí mismo. En estos casos, de la vulneración del principio de reserva y ocultación que todos aplicamos en nuestra vida diaria dependen consecuencias que pueden ser terribles, incluso letales. Este es sin duda el caso de los militantes de organizaciones proscritas como Miquel Izard, para quienes la mentira sistemática es un recurso de supervivencia. La presencia de la organización a la que pertenecía –el PSUC– y la militancia en ella son un secreto a guardar, que compromete la propia seguridad y la de aquéllos con quienes se comparte una misma adscripción peligrosa. Ingresar en la organización clandestina representa incorporar una dosis importante de tensión en las relaciones con los demás, puesto que el solo hecho de conocer la existencia

4. La información obtenida es el resultado de una larga conversación mantenida la mañana del 9 de marzo de 2010, en el seminario del Departament d'Antropologia Social i Història d'Amèrica i Àfrica, en el campus Raval de la Universitat de Barcelona. El presente artículo ha sido sometido a la consideración de Miquel Izard, que ha dado su visto bueno a los apuntes biográficos que contiene.

de militantes clandestinos coloca al receptor de tal información al margen de la ley, salvo que se decida actuar como un delator (Delgado, Padullés y Horta, 2010)⁵.

Las motivaciones y las formas de contacto con la estructura oculta de la organización pueden ser de diferente tipo, pero todas tienen en común que implican, para el depositario o receptor de la revelación, una clase de signo de puntuación biográfico, tras el que su vida queda vertebrada por aquello que deberá decidir ocultar y compartir en secreto. La incorporación a una sociedad secreta sólo puede resultar de una toma de conciencia singular. No se trata de sumarse a un proyecto de futuro concreto, ni de contribuir a una causa que se considera justa y urgente. La clandestinidad supone ser y saberse conjurado con y en un núcleo selecto y especial de individuos que asumen una tarea extremadamente delicada y arriesgada, pues resulta de una impugnación global de un universo social que es considerado corrupto e injusto y hacerlo, además, bajo persecución. A subrayar que el PSUC no estaba en lucha sólo contra un régimen político dictatorial como el franquista, sino también, y sobre todo, contra un sistema económico como el capitalista, de la que una parte de la humanidad, en todo el mundo, era también víctima, incluso en países con democracias formales estables.

La toma de conciencia de esta situación, la perentoriedad de superarla a través de una revolución, era idéntica –en una primera instancia, por lo menos a menudo– a una revelación, seguida de una conversión, muchas veces intuitiva y sin una formalización ideológica sólida. Esa intuición primera motiva una investigación iniciática en pos de la entraña desde la que los escogidos han asumido la tarea de renovar la realidad. Búsqueda del grupo de élite –la vanguardia que prepara el camino de los nuevos tiempos– que se inicia a tientas, a través de aproximaciones cargadas de prudencia y desconfianza, con primeros contactos cargados de inseguridad, y que culmina con el descubrimiento de la madriguera de conspiradores al núcleo del cual el iniciado irá a incorporarse.

Primero están las señales iniciales, los indicativos dispersos y fragmentarios que advierten a quienes de alguna forma ya estaban predispuestos a dar con esa nueva certidumbre. El primer vislumbamiento de esa verdad velada tiene lugar para Miquel Izard con la entrada en la universidad. En 1953 su padre, boticario, le matricula en la Facultad de Farmacia para que siga sus pasos. Allí encuentra un ambiente muy diferente del que había marcado su infancia y su primera juventud en el seno de una familia ferviente católica y en el colegio de los escolapios donde se forma y que a Miquel le trae a la cabeza un campo de concentración para niños. Oye por primera vez hablar de política y se siente impresionado por algo

5. Sobre las técnicas de ocultación y disimulo empleadas por los militantes antifranquistas en sus apariciones en público, el Grup de Treball Etnografia dels Espais Públics del Institut Català d'Antropologia desarrolló el proyecto de investigación *Lluites secretes. La cultura de la clandestinitat a Catalunya (1939-1977)*, con el apoyo de Departament de Relacions Institucionals i Participació, Programa per al Memorial Democràtic.

que escucha decir a vuelapluma a un compañero de facultad, Jaume Ciurana, que sería enseguida impulsor del movimiento escultista y fundador de la revista *Cavall fort*. La frase no puede ser más contundente: “*Franco és un assass*” –“Franco es un asesino”. De pronto irrumpe en toda su evidencia un aspecto de la realidad que hasta entonces ha permanecido encubierto: la existencia de una represión brutal que, desde la ocupación del país por las tropas franquistas, ha llevado a la cárcel o ante el pelotón de ejecución a miles de personas.

En los años cincuenta aumenta y se extiende el número de quienes se atreven a explicitar o insinuar su antipatía hacia la dictadura. Ha terminado la fase más feroz del primer franquismo y los últimos fusilamientos en el Camp de la Bota se han producido en 1952, inmediatamente antes de la celebración del Congreso Eucarístico en Barcelona. El contacto con el ambiente universitario lleva a Miquel Izard a una toma de consciencia que se ve acompañada, ante el escándalo familiar, de un abandono de la fe religiosa. Se aficiona a la lectura y se va convirtiendo en alguien “con inquietudes”, lo que en aquellos momentos se conoce como una persona “de ideas”. Esa nueva lucidez se traduce en una agudización de los sentidos, predispuestos a dar con otros con parecidas preocupaciones, que pronto serán abiertamente políticas. El proceso es siempre el mismo: revelación brusca, desarrollo de una creciente hostilidad ante las condiciones del presente, constitución teórica de ese rechazo ante lo dado, búsqueda y localización de aquellos con quienes se comparte esa visión crítica del mundo y una misma urgencia en orden a modificarlo, primeros contactos con la organización secreta, incorporación al grupo perseguido –como escribiera Brecht, “por buenas razones”–, involucramiento en sus actividades prohibidas, proselitismo, asunción de responsabilidades...

En 1955 Miquel Izard se matricula en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, que es a la sazón ejemplo de nuevo ambiente en cierta forma liberado, en el que los contactos y las incorporaciones a organizaciones prohibidas se van produciendo de una manera más fluida, con dosis cada vez menores de tensión, puesto que los riesgos a correr ya no serían los que habían sufrido los militantes políticos en acabada la Guerra Civil. Ahora el peligro eran las detenciones, posiblemente malos tratos y torturas; multas gubernativas; juicios que ya no serán la mayoría ante tribunales militares y de los cuales resultarán meses o años de cárcel, pero no ya condenas a perpetuidad o sencillamente al paredón, como ha sucedido hasta hace no mucho en Barcelona. Como es menos severo el eventual precio a pagar por la actividad clandestina, la afiliación a organizaciones prohibidas se va haciendo menos extraña en determinados microclimas sociales como el universitario que conoce Miquel⁶.

6. Izard evoca cómo en la Facultad de Filosofía y Letras reinaba un clima de libertad que hacía posible no sólo una actividad política impensable fuera de las instalaciones universitarias, sino también una atmósfera cultural especial, en cuyo seno puede darse de manera regular con actos que no se sabía bien quién organizaba –acaso el futuro catedrático de filología José María Blecua, apunta Izard–, pero que permitían reunirse para escuchar, por ejemplo, a Gil de Biedma hablar de la división

En ese contexto –el ambiente universitario barcelonés de mediados de los años 50– Miquel Izard sigue el ya descrito proceso de intuición-reconocimiento-incorporación a la sociedad secreta. A las pocas semanas de empezar sus clases en la Facultad de Filosofía y Letras empieza a participar en una actividad política que es posible en la universidad gracias, paradójicamente si se quiere, a las asambleas que propicia el SEU, el Sindicato Español Universitario, el antiguo sindicato falangista, que no ha podido evitar ser convertido en un foro de debate y de cuestionamiento del régimen. Se trata de reuniones relativamente libres, en las que se puede hablar de política casi abiertamente y a las que asisten estudiantes ideologizados, con la supervisión de catedráticos que más que vigilar, participan de las discusiones⁷. Izard empieza a “detectar” –ese es el término que él mismo emplea– compañeros de facultad que parecen sostener un discurso más consistente y de los que “se huele” –siempre por emplear sus propias expresiones– que están comprometidos en “algo más”, *algo más* de lo que sospecha participan otros estudiantes de la misma facultad y de otras, y que es la existencia de una trama organizada de personas dispuesta a actuar sobre la realidad para transformarla. Presentimiento de que lo buscado está ahí. Un primer contacto lleva a otro, y a otro, y a otro, hasta que el enrolamiento en la organización clandestina se produce. Primero será la NEU, la Nova Esquerra Universitària, la organización estudiantil de FLP, el Frente de Liberación Popular, el “Felipe”. Enseguida conoce a otros compañeros de facultad que parecen más solventes en el plano teórico y más eficaces en la acción. Cita al futuro historiador Ramon Gabarrou, a Marcel Plans, a los poetas Feliu Formosa y Joaquim Marco..., y es de su mano que Miquel Izard se integra, en 1957, en la organización del PSUC en su facultad (Lardín, 2005)⁸.

3. Viviendo alerta

Ya se ha subrayado que el contexto histórico en que se produce la incorporación de Miquel Izard es el de la transición de lo que se presenta como “primer franquismo”, el que arranca con la derrota republicana en 1939 y la instauración de la “paz de Franco”, marcada por una brutal represión contra las ideologías y organizaciones vencidas, y el “segundo franquismo”, en el que la recuperación económica, la consolidación política de la dictadura y su reconocimiento inter-

que la guerra civil española había producido entre la intelectualidad británica de los años 30 o a Salvador Espriu recitando –en catalán!– poemas de *La pell de brau*, por mencionar los acontecimientos que impresionan más a Miquel en ese momento. Sobre la historia del movimiento estudiantil en Barcelona durante el franquismo, véase Colomer i Calsina, 1978.

7. Entre los profesores cuya presencia imponía oficialmente el sindicato estudiantil franquista, pero con cuya complicidad se contaba, Miquel Izard recuerda en especial al historiador Carlos Seco Serrano.

8. La célula del partido en la Universidad de Barcelona se había constituido el verano del año anterior, 1956. Entre sus primeros componentes figuraban Luís Goytisolo, Jordi Solé-Tura y Octavi Pellissa.

nacional propician un relajamiento en los métodos de acoso y castigo contra las actividades antifranquistas⁹.

Ese cambio hace inevitable una adaptación en las estrategias del movimiento antifascista en España que, como ha señalado Rodríguez Tejada (2002), pasa de ser de resistencia a de oposición. Se trata ahora de entender la pertinencia y la posibilidad de formas de organización e intervención que la represión había hecho inviables hasta entonces y que el mismo Rodríguez Tejada señala como centrales en la universidad española a partir de ese momento y a lo largo de los años 60 y primera mitad de los 70. En paralelo a como sucede en el campo obrero, y siguiendo en buena medida el modelo que presta el sindicalismo de oposición que enseguida encarnará Comisiones Obreras, se pasa de una estructura basada en pequeños grupos aislados y herméticos constituidos a partir de relaciones personales, a la actividad subversiva pública entre una gran masa de estudiantes de una minoría de universitarios organizados secretamente en privado.

A pesar de ello, nunca se deja de ser consciente que la pertenencia a esa minoría hiperactiva y hostil a la realidad continua siendo peligrosa. El militante clandestino sabe que la policía está en todas partes. Ni un solo movimiento, ni una sola actividad quedan a salvo de aquellos que escrutan la vida cotidiana a la espera de que la mínima señal indique la presencia de un actor o de una acción ilegal contra el régimen. En esto consiste la premisa básica de toda dictadura. Se trata de una vigilancia constante e incansable que funciona como una especie de medio ambiente en el que se vive siempre alerta. Frente a esa amenaza, la adopción de apodos o identidades falsas representa manipular lo que en condiciones de normalidad es el soporte básico de la identidad: el nombre. El alias o nombre de guerra es una forma de designar a una persona que asume este otro epíteto en contextos de secreto compartido y para evitar que, en caso de detención, los militantes capturados puedan dar, bajo tortura, la filiación de sus camaradas de organización. En las reuniones de la célula del Partido Miquel se encuentra con otras cuatro o cinco personas, de las cuales conoce la identidad real de dos de ellas, compañeros suyos de facultad. De los otros dos no sabe nada; sólo que podrían ser médicos. Nada más. Él mismo tiene otro nombre de militancia. Es Sabaté, en homenaje a un líder de la Federació de les Tres Classes de Vapor, sindicato fundado en 1869 con obreros de tres ramas industriales –mecánicos tejedores, hiladores y jornaleros– y sobre el que Izard acabará haciendo versar su tesis doctoral (Izard, 1970).

A partir de su incorporación al Partido, Miquel inicia una vida de activista que deberá desarrollarse esencialmente en la sombra. Bajo la dictadura franquista, los opositores deben emboscarse para llevar a cabo encuentros en que se discuten y preparan iniciativas ilegales, en un marco en el que un derecho básico

9. De todas las historias del franquismo, me permito escoger como referenciales las de Bernat Muñesa (1996 y 2006). Para el escenario catalán, una buena y suficiente síntesis es la que aporta el propio Miquel Izard (1998).

en condiciones democráticas como es el de reunión no está reconocido. Hace falta buscar lugares seguros, a salvo de una omnipresente vigilancia de la policía y de sus confidentes. Se impone un principio de invisibilidad y de aplicación de protocolos de actuación adecuada que hace falta respetar. Son las llamadas “normas de seguridad”, entre las que destaca la importancia de no ofrecer ningún indicio de anormalidad en la conducta visible ordinaria, de conocer a la perfección las etiquetas y los pequeños rituales que organizan la vida cotidiana: “saber comportarse”, *saber estar* ante o junto a los demás sin llamar la atención.

Los lugares de reunión deben ser discretos. Si no hay más remedio, el domicilio de algún militante puede ser un recurso. Por ejemplo, en casa del mismo Izard o de futuros colegas contemporaneistas suyos, como Josep Termes o Josep Fontana. También recuerda que no les era ajeno el domicilio particular de Oriol Bohigas, en la calle Calvet. También ciertos bares, como el del padre de Termes, en la calle Nápoles, cerca de la calle Valencia. O un pequeño despacho de Antonio Jordán, en Paseo de San Juan/Caspe¹⁰. Los lugares públicos llegan a ser, aunque parezca una contradicción, relativamente seguros. Los jardincillos de la parte posterior del edificio central de la Universidad de Barcelona pueden ser un lugar adecuado. A veces la falta de locales en los que imprimir la propaganda clandestina provoca situaciones surrealistas, como la oportunidad en que la célula de Izard tiene que recurrir a la habitación de un meublé para poder emplear su vietnamita, la imprenta doméstica y artesanal empleada por los antifranquistas para imprimir su propaganda. Había que entrar en el lugar intentando disimular la ciclostiladora, el papel, la tinta y una radio con la que amortiguar el ruido producido. Otra imposición escénica exigida para no levantar sospechas es que todo el trabajo debía hacerse, como es lógico, en pareja.

Pero la clandestinidad antifranquista también tenía sus paradojas. Se vivía en un secreto que nadie sabía, pero muchos intuían. La actividad clandestina se desarrollaba entre una red de sobreentendidos y complicidades sobrevenidas. Cualquiera podía ser un confidente de la policía, pero también cualquiera podía ser un insospechado aliado. En marzo de 1958 se produce la detención masiva de militantes del PSUC, incluyendo su dirección. Cae, entre otros, Miguel Núñez, que será salvajemente torturado, un calvario del que le quedarán secuelas de por vida. Miquel Izard recibe el encargo de esconder a varios dirigentes del partido que han logrado escapar hasta que camaradas franceses vengán a recogerlos para pasar con ellos la frontera. Además, hay que preparar para ellos pasaportes falsos. Ese tiempo de espera lo pasan los huidos –entre ellos Marcel Plans– en la casa que los padres de Izard tienen en Sant Vicenç dels Horts. Allí permanecen enclaustrados, procurando no dar señales de vida. Uno de ellos, no obstante, sufre una infección y se hace indispensable salir a buscar una farmacia para comprar medicamentos. En esa incursión al exterior, los militantes ocultos no pueden resistir la tentación de entrar en la cafetería de la estación

10. A la hora de consignar el nombre de las calles y las plazas a las que el relato de Izard remite, ha optado por usar el nomenclátor vigente en el momento de la acción.

para tomarse un cortado. La persona que tras la barra les atiende se acerca a ellos en un momento dado y les dice en voz baja: “Ustedes aquí tienen un amigo a la orden. Pueden contar conmigo para lo que sea”. Nadie en el pueblo debía saber que en ella se escondían fugitivos de la policía franquista; nadie lo sabía, pero muchos lo sabían. Acaso todo el mundo, menos la Guardia Civil.

4. Emergencias

Por definición, el secreto está constituido por informaciones inaccesibles a la percepción y el juicio de los otros, y menos todavía de aquellos para los que esa información escamoteada, de ser desvelada, implicaría un castigo para los desenmascarados. Como en un juego peligroso, unos –los clandestinos– se esconden, mientras que los otros –la policía política y sus aliados– procuran descubrirlos para someterlos a castigo por ser y hacer aquello que ocultan. Pero esta opacidad no puede ser absoluta, puesto que el objetivo de los conjurados es modificar las condiciones bajo las que viven y para ello es indispensable abandonar, ni que sea momentáneamente, sus escondrijos, salir afuera, dar la cara. Se trata, pues, de emerger, y hacerlo en el sentido más radical del término: emerger, del latino *emergere*, “salir de dentro”, surgir al exterior desde no importa qué fondo; aparecer algo, superar el impedimento que impedía verlo, desvelarse, hacerse visible lo que antes no lo era; protuberar, sobresalir, constituirse en accidente de una superficie...

Es así que a veces es indispensable que los luchadores lleven a cabo acciones consistentes en irrumpir e interrumpir la supuesta normalidad de la vida cotidiana bajo el franquismo, haciendo brotar de improviso una realidad hasta entonces camuflada. En esto consiste precisamente aquello que la policía y los jueces de entonces –y desgraciadamente también de ahora– denominan “desorden público” o “alteración del orden público”. Es bien significativo que la jurisdicción política franquista dependiera del TOP, el Tribunal de Orden Público, con lo que se explicitaba que de lo que eran culpables los resistentes antifranquistas no era de tener una ideología prohibida, ni existir en la clandestinidad, sino de haberse hecho visibles, de atreverse a actuar y a anunciar públicamente la existencia negada de una oposición a la dictadura, de desmentir el “no pasa nada” oficial y, más allá, de proclamar a plena luz del día el proyecto de sociedad justa que los comunistas postulan.

El beneficio de asumir el riesgo de salir a flote es exiguo: a menudo suelen ser testigos únicos quienes han visto lo que ha pasado en un momento y lo explicarán a otros –la manifestación-relámpago, la pintada visible sólo unas horas, las octavillas recogidas al vuelo o del suelo–; en el mejor de los casos, una breve gacetilla en algún diario. En cambio, merece la pena, y los antifascistas se la juegan por hacer incontestable su existencia. Se hace ostensible –y nunca mejor dicho– la función última del secreto: desdoblamiento del mundo; cuanto menos advertir sobre la verdad de otros mundos encubiertos. Si el régimen franquista se

emperra en negar que la anomalía antifranquista es mentira, los antifranquistas tienen buen cuidado de poner de manifiesto hasta qué punto es la normalidad franquista la que miente.

Hasta los años 50 las apariciones públicas de la oposición habían sido escasas, habida cuenta de lo que podía esperar a quienes se atreviesen a desafiar un estado de guerra virtual. Ha existido hasta hace no mucho –quedan solo rescoldos aislados– el maquis, que a veces ha incursionado en alguna población importante e incluso en la propia Barcelona. Lo que luego se denominará acción de masas en centros de enseñanza, fábricas o barrios era poco menos que impensable en los años posteriores al final de la guerra. La primera señal de que esa situación ha cambiado es la huelga de tranvías de marzo de 1951 (Fanés, 1971), que Miquel Izard tiene bien presente. Un aumento en el precio del billete del tranvía es considerado inaceptable por los ciudadanos de Barcelona, que optan, siguiendo consignas anónimas que circulan boca-oído o por hojas volantes sin firmar, por boicotear los tranvías y hacer sus desplazamientos a pie de forma masiva. Los tranvías circulan vacíos y son atacados y se producen manifestaciones espontáneas a lo largo y ancho de la ciudad. A los pocos días se declara una huelga general que se prolongará varias jornadas y en la que participarán decenas de miles de trabajadores.

El 14 de enero del 1957 se declara la segunda huelga de tranvías, ampliamente secundada también por la población. La lógica de la protesta imita en aquellos momentos la desplegada seis años atrás y se producen apedreamientos, desenganches de troles, descarrilamientos... También se prodigan los choques con la policía. En esta ocasión el grueso del protagonismo atañe a la oposición estudiantil, en la que Miquel Izard está ya integrado. Un mes después de la segunda huelga de tranvías, el 21 de febrero de 1957, y en ese contexto, que va convirtiendo la universidad en un baluarte de la oposición antifranquista, se producen los famosos *Fets del Paranimf*, la primera asamblea libre de estudiantes, al margen del SEU, pero también la primera gran reunión pública libre después de la guerra. Miquel Izard está allí. Los estudiantes en huelga invaden el Rectorado y desde él las autoridades académicas llaman a la policía, que cerca la sede antigua de la Universidad de Barcelona, en la Plaza Universidad, en pleno centro de la ciudad. Hace acto de presencia el propio gobernador civil, Acedo Colunga, “el carnicero de Asturias”. Los estudiantes quedan encerrados varias horas rodeados por la fuerza pública y se ven forzados incluso a improvisar un mingitorio en un rincón del lugar. Miquel lo recuerda bien. A las 7 de la tarde los cerca de setecientos encerrados son obligados a salir de uno en uno mostrando su documentación. Es lo que les ha recomendado que hagan Martí de Riquer: es mejor que salgan a las buenas con el carnet en la mano, porque tarde o temprano tendrán que hacerlo, quién sabe si a las malas. Todos ellos deberán pagar fuertes multas y perderán su matrícula en la universidad.

Las técnicas de irrupción en escena de la oposición antifascista son diversas. A veces pueden ser pequeños golpes de mano, acciones basadas en el *visto y no visto*. Un pequeño grupo de activistas sale a flote desde el subsuelo

en que habita y hace algo inopinado, que no puede ser evitado por la vigilancia gubernamental. Por ejemplo, cuando Miquel y unos camaradas cuelgan una pancarta en el patio de la facultad con un lema tan simple como subversivo en aquel contexto: “*Llibertat*”. A los pocos minutos, los bedeles –casi siempre ex-policías o exguardias civiles, o en contacto directo con la policía– la descuelgan. Nadie sabrá quién la ha dispuesto allí en apenas unos segundos, ni que se ha confeccionado con una sábana que el propio Izard ha robado del ajuar de sus padres.

En otra oportunidad, Miquel y sus camaradas deciden boicotear la representación de una obra teatral franquista: la *Historia de un resentido*, de Joaquín Calvo Sotelo. Estamos en algún momento de 1956, en el Teatro de la Comedia, que luego sería el Cine Comedia. Actúan Guillermo Marín, Mary Carrillo, Antonio Ferrandiz y Caffarel. Distribuidos por la platea los militantes silban y abuchean al final de la obra. Automáticamente son detenidos por la policía, que está presente en la sala, como lo está en todos sitios. Será una de las ocho detenciones que Miquel Izard tendrá que sufrir como miembro de la resistencia antifranquista.

Otras formas de emergencia son más discretas. Las pintadas, por ejemplo, requerieren nocturnidad, el amparo de la oscuridad y la soledad de las calles, en un ininterrumpido y peligroso jugar a tocar y a parar con los *grises*, la forma popular de designar a la policía uniformada del franquismo. Algunas de estas acciones logran su objetivo, como una acción en la que participa Miquel Izard y que consiste en tatuar las paredes de media ciudad con la letra “P” de “protesta”, semanas antes de la primera huelga general convocada por el PSUC de acuerdo con su nueva política de reconciliación nacional, el 18 de junio del 1959. Una iniciativa que, a diferencia de lo que había ocurrido con las convocatorias anónimas que dieron pie a las huelgas de tranvías de 1951 y 1957, no tendría apenas repercusión. Aquellos grafitis se realizan con pintura que, como la tinta y el papel que se emplean para imprimir octavillas, ha habido que comprar en ciertos establecimientos de confianza de los que se está seguro que no comunicarán a la policía una venta de materiales potencialmente utilizables para la agitación. Miquel recuerda que en plena acción la pintura se agota y deben continuar escribiendo sus “P” con una tiza que encuentran abandonada en unas obras. Por supuesto, la acción acaba también con los activistas en comisaría y con fuertes multas como castigo.

Las manifestaciones en la calle son la actividad pública de los antifranquistas que más riesgo implica (Delgado, 2005)¹¹. El grado de exposición es máximo, puesto que se trata de hacer acto de presencia a pleno día, a merced de una policía que está siempre esperándoles o al acecho. La oposición intenta movili-

11. Las apropiaciones insolentes del espacio público durante el franquismo por parte de sus oponentes es el asunto central de una investigación del Grup de Treball Etnografia dels Espais Públics del Institut Català d'Antropologia destinada al Inventari del Patrimoni Etnogràfic de Catalunya del Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, titulada *Carrer, festa i revolta. Els usos simbòlics de l'espai públic a Barcelona (1951-2000)*.

zaciones en la calle que no pueden ni siquiera iniciarse por la presencia policial, en un momento en que todavía no se ha adoptado como técnica el “salto” en un lugar previamente acordado en secreto y transmitido boca-oreja. Miquel Izard recuerda que en la protesta que se convoca en las Ramblas contra el fusilamiento de Julián Grimau, el 2 de junio de 1953, hay más grises que manifestantes. En ocasiones las manifestaciones arrancan del venerable edificio de la Plaza Universidad. De allí surgen –literalmente: brotan– marchas que intentan conquistar una mínima porción de intemperie, acaso sólo unos metros por la calle Pelayo o por la Gran Vía –entonces Avenida José Antonio–, antes de ser disueltos por la policía al cabo de unos minutos. A veces, la caballería de la Policía Armada disuelve los conatos de manifestación en la misma acera ante la universidad. Ocurre así en los intentos de proclamar la solidaridad con los mineros asturianos en huelga en la primavera de 1962 y, antes, en las jornadas de lucha estudiantil de febrero de ese mismo año.

Que el edificio de la Universidad de Barcelona se haya convertido en un bastión de resistencia antifranquista en pleno centro de la ciudad, un espacio en que los clandestinos pueden serlo menos, es lo que justifica la presencia de un destacamento de la policía permanentemente de guardia a sus puertas. De hecho, llegan a ocupar de manera más o menos discreta estancias de la propia universidad, como cuando Miquel descubre, al abrir una puerta por error, que una sala del edificio está llena de policías uniformados. Se lo comunica a José María Valverde, que hace saber al Rectorado que no piensa impartir ninguna clase mientras la policía continúe en el recinto. En cuanto a la temida policía secreta, “la Social” o los *sociales*, se les sabe y se les ve instalados de manera permanente en el Bar Estudiantil, enfrente mismo de la Universidad. Allí incluso pueden departir con estudiantes, sin caer en la cuenta de que alguno de ellos –como el propio Izard– pueden ser militantes. Miquel cree recordar entre los secretas con los que a veces habla al mismo Antonio Juan Creix, el siniestro jefe de la Brigada Político-Social en Barcelona.

A partir de la segunda mitad de los años sesenta se produce una vitalización generalizada de las movilizaciones antifranquistas, en buena medida como resultado de la consolidación de ese fuerte movimiento universitario del que Izard forma parte y que era el vehículo a través del cual se incorporaban a la lucha contra la dictadura sectores representativos de la burguesía y de la Iglesia catalanas, presentes en unas organizaciones estudiantiles –entre ellas la del propio PSUC– no pocos de cuyos componentes proceden de algunas de las “buenas familias” de Barcelona o están vinculadas de un modo u otro al estamento eclesial, cuando no pertenecen a él¹². Izard tiene presente hasta qué punto esa distinción de clase se nota en el trato de la policía cuando les detiene, como si no se dejase de tener en cuenta nunca la diferencia entre unos estudiantes hijos de la burguesía

12. Miquel Izard refiere que una buena parte de los y las estudiantes en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona eran curas o monjas que deseaban obtener un título que les permitiera regularizar su trabajo como enseñantes en colegios religiosos.

que nunca podrían ser una amenaza real para la dictadura y una clase obrera con la que se tiene muchos menos remilgos a la hora de reprimir sus organizaciones y dirigentes. “Creo que exagerábamos un poco las medidas de seguridad contra la policía. Creo que nunca nos tomaron verdaderamente en serio”.

Es en ese marco que se produce el acto de fundación del Sindicat Democràtic d’Estudiants de la Universitat de Barcelona (SDEUB), el 9 de marzo de 1966, en el convento de los capuchinos de Sarrià, un barrio de clase alta de la ciudad. Es la *Caputxinada*. Izard es en aquel momento profesor no numerario y acude al lugar luego de un cita previa de seguridad en la horchatería que hay enfrente de la facultad, en la misma plaza Universidad. La policía es advertida y rodea el edificio. Los atrapados en aquella ratonera deciden no atender las órdenes policiales de desalojar e identificarse y continúan encerrados hasta el día 11 de marzo. En unas instalaciones pensadas para albergar doce monjes se amontonan decenas de personas, que duermen como pueden y se alimentan de los bocadillos que los alumnos del Liceo Francés les lanzan desde el otro lado del muro que los separa. Allí está Miquel Izard, entonces profesor no numerario, pero también personajes que entonces o más tarde alcanzarán relieve en uno u otro campo, como Salvador Espriu, Ernest Lluch, Oriol Bohigas, Maria Aurèlia Capmany, Antoni Tàpies –Izard lo recuerda llegando al acto en su Mercedes, al que la policía revienta las ruedas luego–, Jordi Solé-Tura, Manuel Sacristán, Mercè Sala, Josep Maria Trias de Bes. Un buen número de ellos serán, con el tiempo, parte fundamental de las nuevas clases dirigentes que heredarán el poder político y el prestigio cultural a partir de 1977. Los encerrados son finalmente obligados a salir y quedan detenidos a disposición de la policía política.

Caer en manos de los *sociales* es sin duda lo peor que le puede pasar a un militante antifranquista. La suya con ellos es una guerra secreta, en el sentido de que unos y otros –policías y militantes– son invisibles o quieren serlo y hacen para que el contrincante no les localice. En cambio, se pasan el tiempo husmeándose unos a otros, atendiendo cualquier indicativo que delate la presencia del cazador –el policía no en vano llamado *secreta*– y su presa, el militante político. Los detenidos en la *Caputxinada* son encerrados en los calabozos de Vía Layetana, es decir de la Jefatura Superior de Policía de Barcelona, un lugar sórdido, con celdas individuales y colectivas, a una de las cuales –la número 2; la de todas sus detenciones– es enviado Miquel Izard con otros compañeros, entre los cuales menciona al escritor Carlos Barral. Recuerda el comentario del policía que les custodiaba:

“Si no dependieran ustedes de la Político-Social yo les dejaría salir y pasearse por aquí. Pero con la Político-Social no quiero saber nada. A veces, según me bajan la mercancía, no se la acepto” (Ventura, 2007)¹³.

13. Una buena descripción de las mazmorras en los sótanos de la Jefatura Superior de Policía en la Vía Layetana puede encontrarse en el trabajo de Joan Ventura sobre la detención de 27 jóvenes en la plaza del Sol de Gracia, en agosto de 1975. De ellos, dieciseis –entre ellos el firmante de este

Los detenidos en la Caputxinada no reciben ningún maltrato. Miquel Izard recuerda que incluso se hizo intervenir a un notario para que levantara acta del buen estado de todos ellos. La venganza policial vendría después, pasadas unas semanas. El 26 de abril se celebra una asamblea en la Universidad. El rector, García Valdecasas, llama a la policía, que entra brutalmente en el recinto para desalojar a los reunidos. Al cabo de unos días, el 6 de mayo, la Brigada Social detiene en sus domicilios a varios estudiantes, acusándoles de ser instigadores de lo que se presenta como una grave alteración del orden público. Uno de ellos, Joaquim Boix, es brutalmente torturado en Vía Layetana. La policía no puede evitar que trascienda la gravedad de las heridas que recibe el detenido y se desencadena una reacción de protesta en la que destaca el papel de una Iglesia catalana cada vez más comprometida con la denuncia del franquismo, (Creixell, 1992)¹⁴. Fueron estos hechos los que desencadenan la insólita manifestación de religiosos con sotana ante la Jefatura Superior, el 11 de mayo del 66, en protesta por la práctica sistemática de la tortura por la policía política, que acabó con una violenta actuación policial para dispersarlos¹⁵.

5. Contra lo insoportable

No es extraño que las sociedades secretas conjuradas en la consecución de un cambio radical en el presente no puedan ser disociadas de tendencias escatológicas que suelen conocer sociedades en situación de crisis a lo largo de la historia y en todo tipo de contextos culturales, sobre todo como consecuencia del contacto con el componente profético de las grandes religiones monoteístas. En el caso de la gran tradición revolucionaria europea ésta sería una constante. El ejemplo de los anarquistas ha sido abundantemente citado, pero también los marxismos asumieron la vocación redentora propia de los movimientos apocalípticos, con su idea de tiempo teleológico y de rescate colectivo de las desgracias terrenales. Se olvida que lo que Mark Horkheimer denominaba “sueño de orden de vida verdadera y justo” no es otra cosa que una teonomía o manifestación terrenal del reino de Dios y la consecuencia de la superación escatológica de la historia que las religiones del Libro adoptaron del judaísmo.

artículo— quedarían varios meses en la cárcel a disposición de tribunales militares y pendientes de consejos de guerra hasta la promulgación del decreto de amnistía política en 1977. Sobre las actividades de la policía política franquista en general, véase Batista, 1992.

14. No fue ésta la única oportunidad en que se buscó el apoyo de la Iglesia en la denuncia de la práctica de la tortura por parte de la policía política. Miquel Izard forma parte de la delegación que obtiene una entrevista personal con Gregorio Modrego para que intervenga en relación con los malos tratos que sufre Isidor Boix, novio de su compañera de clase, Rosa María Borràs. A raíz del encuentro, arrancan del entonces arzobispo de Barcelona el compromiso de hacer alguna gestión “después de almorzar”.

15. Izard relata que alguien le contó que se pudo ver al inspector Creix en persona animando a los policías que golpeaban a los curas, gritándoles desde el balcón de la Jefatura: “¡En los cojones; patadas en los cojones!”. Sobre los hechos en sí y su contexto, ver Creixell, 1992.

El dispositivo intelectual, social y psicológico de base es, pues, el mismo que aquel al que los teóricos del Colegio de Sociología, con Georges Bataille a la cabeza, atribuía a las sectas y cofradías secretas (Caillois, 1989; Bataille y Caillois, 1982). El punto de partida era una noción tomada de Marcel Mauss: “sociedades de complot”, homologables a las sociedades secretas en general, formas de organización social universalmente encontrables, que son “secretas por su funcionamiento, pero no por su función”, en la medida que su actividad siempre es en un grado u otro pública (Mauss, 1974: 251-256). Arrancando en esta intuición maussiana, se reconocía la existencia de un tipo singular de asociación humana –la comunidad “electiva” o sociedad “secreta”–, caracterizada por la exclusividad, el misterio y el activismo frenético. Este presupuesto también lo hallamos en la reflexión ya aludida de Simmel sobre el secreto, cuando, al final, hace referencia a cómo los miembros de una sociedad secreta no dejan nunca de sentirse y saberse una aristocracia apartada y exenta.

Resulta significativa cómo las condiciones de la organización oculta de los grupos de oposición al franquismo, y en general los partidos comunistas clandestinos, se adecúan a ese dibujo que Simmel hacía de las sociedades secretas. Aparecen todos los elementos que el autor alemán encontraba consubstanciales a este tipo de organizaciones. Así, por ejemplo, la existencia de grupos depositarios parciales y relativos de los saberes secretos –los seminarios de preparación para la incorporación de simpatizantes y que dosifican la adquisición de los saberes especiales del grupo; la existencia de organizaciones mediadoras, las “organizaciones de masas”, como los sindicatos, los comités de estudiantes o las comisiones de barrio–, que cumplen la función no sólo de intermediarias, sino sobre todo de amortiguadoras de un contacto demasiado brusco entre los conocimientos singulares de la organización secreta y la gente ordinaria; la estructuración altamente jerarquizada basada en el que Simmel denomina “subordinación centralista” y que se corresponde con el centralismo democrático de la tradición comunista, y la existencia rectora de “superiores desconocidos”, es decir, las instancias de dirección invisibles e inasequibles de las que depende la actividad clandestina.

La actividad de los grupos revolucionarios se adecuaba también a la tipificación que Weber y Troeltsch hicieron de las sectas como organizaciones religiosas basadas en la adscripción voluntaria de personas que se consideran o son consideradas por los otros adeptos como santos, distinguibles por lo tanto del resto de una humanidad condenada a priori por su ignorancia, herencia probable de la vieja distinción gnóstica entre aquellos que han visto la luz y aquellos que no¹⁶.

16. Hace falta remarcar, en este sentido, que no es tanto que se estén aplicando aquí al activismo militante de izquierda tópicos habitualmente empleados para aludir a lo que la opinión pública actual conoce como “sectas destructivas”. Es más bien al contrario. Ha sido la moderna heresiología que encarnan los perseguidores de sectas la que ha asumido el mismo lenguaje que la guerra fría empleó contra el “peligro rojo”, empezando por la tan exitosa noción de “lavado de cerebro” para referirse a la alienación y la despersonalización a que sometían sus víctimas primero los comunistas, después lo que los medios de comunicación de hoy llaman “sectas”.

Tales características son del todo indiferentes al contenido doctrinal del grupo. Sólo constatan la similitud entre buena parte de las formas de concebir la acción dentro y al mismo tiempo contra el presente vivido. Lo hace entendiendo que ciertas condiciones del mundo consideradas como insoportables hace previsible la aparición de minorías selectas, conformadas por lúcidos o en –un sentido nada irónico, ni crítico– iluminados, que han recibido algún tipo de revelación y que, como resultado de haber entendido la auténtica naturaleza de la realidad, actúan en consecuencia y se separan del resto, ignorante o resignado ante los males que sufre.

Ahora bien, pertenecer a la sociedad de elegidos, de cuya acción va a depender el futuro del país y de la humanidad entera, tiene un precio. Esa incorporación se produce en una sociedad iniciática, como hemos visto, que debe someterse a la jerarquía y a la disciplina propias de quienes han asumido una responsabilidad trascendente, sea sobrenatural o mundana. Se es la vanguardia que prepara y anuncia la inminente redención de la sociedad, esa misma redención que debe empezar siempre por uno mismo. Al rigor que exige la tarea encomendada y asumida hay que añadir la agudización de la disciplina y la obediencia que imponen la clandestinidad, la consciencia de saberse acosado por una policía y unos colaboradores del régimen que con frecuencia son tan secretos como tú. Se forma parte de un núcleo incandescente, pero oculto, de la vida social y eso implica sacrificios en todos los campos. También en el privado. El Partido exige una conducta intachable, sin mácula, recta. No es sólo formar parte de una organización cuya estructura recuerda la de la Iglesia que Miquel Izard ha conocido bien, sino que la severidad moral de los comunistas es tan inapelable como la de su católica familia o la de los escolapios. Las relaciones de pareja están determinadas por la vigilancia del Partido sobre la vida privada. Miquel está al corriente de que camaradas suyos han sido expulsados por haberse separado de sus esposas y estar viviendo con otra mujer.

Conocer el secreto y compartir el riesgo es lo que distingue al iniciado del resto. He aquí la virtud de toda iniciación, que marca una frontera clara entre quienes han sido considerados como merecedores de la recepción del secreto y quienes no lo han sido y no lo serán. Difícil que se pueda concebir una división tan taxativa entre los *out* y los *off*, entre los que están o pueden estar dentro y los que no están ni estarán nunca, entre los incluidos y los no incluidos, siguiendo un dispositivo simbólico seguramente universal, por mucho que en este caso aparezca justificado en aras de la seguridad. Se pone de manifiesto, además, el prestigio, la seducción, el atractivo que destila aquél de quien se dice pertenece o podría pertenecer a la asociación oculta, sobre todo si es en sus niveles a la vez más elevados y más misteriosos.

De aquí la fuente de prestigio y el plus de legitimación que supone haber sido represaliado. Los perseguidos acabarán recompensados, sobre todo aquéllos que sabrán rentabilizar su aventura clandestina en un futuro más o menos inmediato. Miquel Izard recibe con sorpresa la noticia de que los profesores no numerarios expedientados y expulsados de la Universidad de Barcelona como

represalia por la Caputxinada serán reclamados, dos años después, todavía en pleno franquismo, para ocupar lugares docentes en la recién fundada Universidad Autónoma de Barcelona, entre ellos sus colegas y excamaradas Termes y Fontana. Él mismo aprovechará esa inopinada ventaja para regresar de Venezuela en 1970 y obtener un contrato como profesor de historia contemporánea en la UAB. Como escribe Fernando Giobellina (2006: 230) sobre el papel social del secreto, “el secreto es un mecanismo social de segregación destinado a la conformación, mantenimiento y hegemonía de un segmento de la sociedad”, aunque este segmento tenga una existencia momentáneamente larvada, a la espera de *su momento*, autoconstituyéndose en vanguardia de *aquello que vendrá* y que hará de los ocultos de hoy los dirigentes del mañana. De ahí una expresión que, medio en serio, medio en broma, se podía escuchar a los clandestinos en España de Franco: “*Ya verás cuando vengan los nuestros*”.

Ser miembro, haber sido introducido, conocer y ser parte del misterio de la organización, es lo que establece esta distribución desigual de informaciones estratégicas –lo que en otras sociedades supone el contacto con lo sacro, la comunicación con los ancestros, la relación directa con entidades invisibles u ocultas– que caracteriza la diferencia entre iniciados y no iniciados. Esa es la justificación de la admiración reverencial que despierta Manuel Sacristán cuando “baja” a una reunión de célula. Pero el saber de los rangos superiores de la sociedad secreta –del Partido, en el caso de Miquel Izard– no tiene que ver con su valor como fuente de información objetiva, sino con esa relación directa con el núcleo más oscuro de la organización, que ni siquiera es visible, que *no está aquí*, sino en algo que se antoja no como otro país –Francia, Rumania, Unión Soviética, Alemania Oriental...–, sino como en otra dimensión, desde la que se desciende de vez en cuando para tomar contacto con los niveles más a ras de suelo del grupo. Ese conocimiento secreto no es divulgado; es más, es el que justifica y legitima la paradójica ignorancia o la tendencia a mentir que tienen los responsables superiores del PSUC y del PCE a la hora de referirse a hechos y circunstancias que los militantes del interior conocen bien.

De ahí que a los militantes de base no les parezca inaceptable, ni siquiera extraño, que las informaciones que los de arriba tienen y divulgan de lo que ocurre abajo suelen ser inexactas, exageradas o abiertamente falsas. A Miquel y a sus camaradas de lucha clandestina no les sorprende que las informaciones que divulga la Pirenaica –emisora dependiente del PCE que emite desde Bucarest– sean sistemáticamente falsas. En el colmo de las deformaciones, Miquel Izard evoca cómo lo que le cuenta Jordi Solé-Tura en París sobre la situación en Catalunya y en España no tenga que ver nada con la que sabe que realmente ha recibido de sus corresponsales en el interior. La inutilidad de las acciones de agitación y propaganda, el repetido fracaso de todas las convocatorias de movilización del Partido –al contrario de las que surgen espontáneamente, como las huelgas de tranvías del 51 y del 57 o la de la minería asturiana de 1962– se convierten en clamorosos éxitos según los medios de información clandestinos que emiten o se publican en el extranjero o en boca de los líderes del exterior. Pero

todo se justifica con las condiciones especiales que se viven en una lucha llena de riesgos, para la que desfigurarse o mentir pueden ser algo necesario, incluso indispensable, en orden a mantener elevada la moral de los revolucionarios y viva la agitación entre las masas.

Pero es difícil aceptar un vínculo tan exigente como el del combate clandestino contra Franco y en pos de la sociedad comunista cuando se está viendo el papel que en él juega el embuste y el autoritarismo –imposible cuestionar nada que proceda de los dirigentes– y cuando se sospecha que esos ingredientes no son fruto circunstancial a condiciones de excepción, sino crónicos y consustanciales a una determinada forma de organizarse y actuar. Si se ha llegado al Partido por la vía de una creciente iluminación, uno puede acabar apartándose de él por una no menos gradual toma de conciencia inversa, en este caso marcada por la desconfianza y la decepción crecientes. De regreso de Venezuela ya no volverá a militar en el PSUC y sólo volverá a movilizarse a título individual con motivo de las convocatorias a favor de la amnistía política de febrero de 1976.

Hasta aquí los datos más relevantes de los recuerdos que Miquel Izard nos confía de los años en que contribuyó a la larga lucha contra el fascismo en España. Difícil no hacerse preguntas acerca del valor de aquel sacrificio. ¿Quién le habría de decir a Miquel –y a tantos– que algunos de quienes habían sido sus camaradas de combate acabarían ocupando lugares de privilegio en la cultura, la academia, la economía o la política, al servicio de aquel mismo sistema social que se aborrecía y que no iba a cambiar nada, salvo en las formas, con el esperado cambio democrático? Y, por supuesto, ¿quién le habría de decir que la mayoría de los responsables políticos, ideológicos, policiales y judiciales de la represión franquista iban no sólo a continuar en sus puestos, sino a merecer en muchos casos todo tipo de reconocimientos y recompensas?¹⁷.

Es entonces que damos con esa HS (Historia Sagrada) y con esa Lal (Leyenda apologética y legitimadora) a la que Miquel Izard se refiere en tantos de sus trabajos como americanista. La HS y Lal son, nos dirá Izard, ese conjunto de mitos y dogmas que presentan como incuestionable, justifican y exaltan un determinado estado de cosas basado en la desigualdad y la miseria, un discurso hecho con mentiras, fetichizaciones y distorsiones que sirve para mostrar a quienes detentan el poder como benefactores providenciales ante quienes no cabe sino mostrarse admirados y agradecidos. Izard propone diferentes maneras de definir la HS y la Lal: “versión taumatúrgica del ayer” (2002: 333); puñado de “patrañas que sacralizan” (2006: 298); estafa “consagrada a embaucar, falsificar o mentir” (2004: 203); montón de “embelecios, equívocos, manipulaciones, supercherías y yerros de vestales” (2009: 117); “falacia hiperbólica que sacraliza a los agresores y denigra a vencidos y resistentes” (1992: 447). Pues bien, digamos claramente que no sólo América, sino también la España reciente tiene

17. Izard recuerda lo que el mismo Jefe Superior de Policía de Barcelona le dijo durante un interrogatorio: “Mire, yo fui policía con la monarquía, con la dictadura, la república, la guerra y ahora. Yo he sido y seré policía siempre, ustedes van cambiando”.

su HS y su Lal: la Gloriosa y Ejemplar Transición Política de 1977 y la Heroica Victoria de la Monarquía sobre el golpismo en febrero de 1981. Tras esas farsas lo que se esconde es la dolorosa realidad que el propio Izard ha descrito como el paso, levantado con engaños y traiciones, “del franquismo totalitario al franquismo parlamentario” (Izard, 2000: 9).

Para algunos, la clandestinidad antifranquista constituyó un duro, pero fructífero, campo de entrenamiento para lo que acabaría siendo su profesionalización como dirigentes en cualquiera de las esferas estratégicas de la sociedad: la política, las instituciones culturales, los medios de comunicación, la economía... Para otros, los más, es difícil no pensar que toda aquella abnegación no sirvió para nada y que aquellos hombres y mujeres quemaron los mejores años de su vida en una causa estéril y fracasada. En todo caso, si sirvió de algo fue para brindar nuevas pruebas de que existe una dimensión ingobernable en el ser humano que le aboca, como un deber, a resistirse al agravio y el maltrato, a rebelarse contra lo que se vive como insoportable, puesto que lo es. Se dirá un día, ojalá que lejano, que Miquel Izard supo ser coherente consigo mismo. No será del todo exacto. Miquel Izard fue sobre todo coherente con los demás; con todos aquellos que confiamos en que nunca nos decepcionaría. Y nunca nos decepcionó: como él mismo describía, continuó rejuveneciendo en lugar de envejecer y radicalizándose en lugar de fosilizarse. Debemos decir entonces de él: ahí hubo un hombre digno, cuya dignidad no fue la suya, sino la nuestra; la de todos.

Bibliografía citada

- BATAILLE, Georges y CAILLOIS, Roger (1982 [1938]). “Cofradías, órdenes, sociedades secretas, iglesias”. En: Hollier, Denis (ed.). *El Colegio de Sociología*. Madrid: Taurus, pp. 174-187.
- BATISTA, Albert (1995). *La Brigada Social*. Barcelona: Empúries
- CAILLOIS, Roger (1989). “Preámbulo a l’*Esprit des sectes*”. En: *Acercamientos a lo imaginario*. México DF: FCE, pp. 124-143.
- CLARET MIRANDA, Jaume (2003). *La repressió franquista a la Universitat Catalana*. Barcelona: Institut Universitari d’Història Jaume Vicens i Vives
- COLOMER I CALSINA, Josep Maria (1978). *Els estudiants de Barcelona sota el franquisme*. Barcelona: Curial, 2 vols.
- CREIXELL, Joan (1987). *La Caputxinada*. Barcelona: Edicions 62.
- (1992). *La “manifestació dels capellans” de 1966*. Barcelona: Publicacions de l’Abadia de Montserrat.
- DELGADO, Manuel; PADULLÉS, Jofre; HORTA, Gerard (eds.) (En premsa). *Lluites secretes. La cultura de la clandestinitat a Catalunya (1939-1977)*. Barcelona: Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona.
- (ed.) (2004). *Carrer, festa i revolta. Els usos simbòlics de l’espai públic a Barcelona (1951-2000)*. Barcelona: Departament de Cultura, Generalitat de Catalunya.

- FANÉS, Félix (1971). *La vaga de tramvies*. Barcelona: Laia.
- GIOBELLINA, Fernando (2005). "Griaule, la etnografía del secreto". En: *Soñando con los dogón. En los orígenes de la etnografía francesa*. Madrid: CSIC, pp. 215-274.
- IZARD, Miquel (1970). *Revolució industrial i obrerisme. Les Tres Classes de Vapor a Catalunya (1869-1913)*. Barcelona: Ariel.
- ____ (1985) "Historiadores, fabuladores y chapuceros". En: IZARD, Miquel (ed.). *Marginados, fronterizos, rebeldes y primitivos*, Barcelona: Serbal, pp. 7-22.
- ____ (1992). "Hombres, aunque indios. 500 años de leyendas". En: García Jordán, Pilar et al. (eds). *Conquista y resistencia en la Historia de América*, Barcelona: Publicacions i Edicions Universitat de Barcelona, pp. 447-463.
- ____ (1998). *Sin leña y sin peces deberemos quemar la barca*, Barcelona: Los Libros de la Frontera.
- ____ (2000). *El rechazo a la civilización. Sobre quienes no se tragaron que las Indias fueran esa maravilla*. Barcelona: Península.
- ____ (2002). "Españoleando y metamorfoseando". En: Dalla Corte, Gabriela et al. (eds). *Conflicto y violencia en América*. Barcelona: Publicacions i Edicions Universitat de Barcelona, pp. 333-347.
- ____ (2004). "Creación, poder y pasado". En: Dalla Corte, Gabriela et al. (eds). *Relaciones sociales e identidades en América*. Barcelona: Publicacions i Edicions Universitat de Barcelona, pp. 201-217.
- ____ (2006). "Del diezmo a la totalidad". En: Dalla Corte, Gabriela et al. (eds). *Homogeneidad, diferencia y exclusión en América*, Barcelona: Publicacions i Edicions Universitat de Barcelona, pp. 289-305.
- LARDÍN I OLÍVER, Antonio (2005). "La organización clandestina del PSUC en Cataluña en los años 50". *Hispania Nova*, Madrid, nº 5 <http://hispania-nova.rediris.es/5/articulos/5a002.htm>.
- MAUSS, Marcel (1974 [1947]). *Introducción a la etnografía*. Madrid: Istmo.
- MUNIESA, Bernat (2005). *Dictadura y transición. La España lampedusiana*, Barcelona: Publicacions i Edicions Universitat de Barcelona, 2 vols.
- ____ (1996). *Dictadura y monarquía en España*. Barcelona: Ariel.
- RODRÍGUEZ TEJADA, Sergio (2002). "Estratègies d'oposició i moviment estudiantil antifranquista: una reflexió des del cas valencià". *Rercherques*, Barcelona, 44, pp. 139-172.
- SIMMEL, Georg. 1988 [1908]. "El secret i la societat secreta". En: *Sociologia II*. Barcelona: Edicions 62/Diputació de Barcelona, pp. 7-65.
- VENTURA, Joan (2007). *La mazmorra. De la plaça del Sol a la Via Laietana*, Barcelona: Cossetània.